

LA MÚSICA Y EL CULTO

No cabe duda de la importancia que se le da actualmente a la música dentro de nuestros cultos. Si sumamos el tiempo en el que la música está presente, observamos que, a veces, más de la mitad de la duración del culto se le dedica a la misma. Merece, por tanto, una especial consideración y reflexión siguiendo la recomendación de las Escrituras y *comprobando*¹ lo que es **agradable** al Señor (Ef. 5: 10).

¿Qué lugar debe ocupar la música y el canto en el culto?

Históricamente, el canto y la música en el culto han sido motivo de reflexión por parte de muchos cristianos. Ya desde los primeros siglos de cristianismo, observamos la preocupación y sensibilidad de los Padres de la Iglesia sobre este particular. Fueron numerosas las referencias a los cantos, como las de Tertuliano quien atestigua que los creyentes en su día cantaban muchos de los salmos en sus ágapes. Por otro lado, no faltaron entre los Padres abundantes exhortaciones y enseñanzas acerca del lugar que el canto debía ocupar dentro del culto cristiano, insistiendo, en general, en la necesidad de que éste fuera espiritual y libre de toda mundanalidad. También en el período de la Reforma se sometió a profunda consideración el papel y función que debía tener el canto dentro del culto fomentando especialmente la participación de los creyentes.

En la actualidad, no debiéramos dar menos importancia a este asunto, sino someterlo a prueba y examinar si todo es hecho de acuerdo a los principios de la Palabra. Uno de los errores que se cometen actualmente es vincular la alabanza con los cánticos y la música. Sin duda, el propósito del canto es y debe ser la alabanza. Efesios 5: 19 nos exhorta a hablar entre nosotros *con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones*. En otros muchos textos también aparecen unidos de la misma forma el canto y la alabanza. En Esdras 3:11 leemos que: *cantaban, alabando y dando gracias a Jehová*. Sin embargo, la alabanza no se expresa exclusivamente por medio de los cánticos. Así, en la vida y ministerio del Señor Jesucristo no observamos la práctica habitual del canto. La Escritura registra una sola vez el hecho de que Jesús cantó. Mat 26:30 dice: *Y cuando hubieron cantado el himno, salieron al monte de los Olivos*. Nadie por ello afirmaría que el Señor Jesucristo no alabó al Padre. La alabanza, más bien, estaba de continuo en su boca *Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños* (Lucas 10:21). Tampoco tuvo la música una especial relevancia en la vida de los patriarcas, si bien, ellos tuvieron testimonio de haber agradado a Dios (Hebreos 11); y tampoco fue especialmente significativa la importancia de la música en la iglesia primitiva. Música y alabanza no van necesariamente unidas. La alabanza es más que el canto. Podemos cantar pero esto por sí sólo no significa que estemos alabando a Dios (Is. 29:13). Por el contrario, podemos expresar nuestra alabanza a Dios sin necesidad de música, como hace Daniel: *A ti, oh Dios de mis padres, te doy gracias y te alabo, porque me has dado sabiduría y fuerza* (Dan 2:23)

Un argumento muy común actualmente es aquel que proclama que los cánticos sirven para disponer y preparar el corazón para entonces recibir adecuadamente la Palabra de Dios. Sin embargo, sin desmentir lo anterior, la Palabra no enseña particularmente tal cosa; más bien, la

¹ El verbo "comprobar" es en gr. *dokimazo* que significa probar, someter a prueba (para aprobar), distinguir, examinar o discernir.

exhortación de la Escritura es a **entrar por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con alabanza**; (Salmo 100:4). Es decir, nuestro corazón debe estar preparado previamente. El tiempo de “alabanza” en el culto no debiera ser el de nuestro devocional personal, sino que debiéramos venir con un corazón bien dispuesto, llenos de alabanza y gratitud a Dios.

¿Cuál es, pues, la esencia de la alabanza?

Uno de los Padres de la Iglesia, Atanasio de Alejandría (s. IV) dijo: “...Algunos simplotes entre nosotros, sostienen que los salmos se cantan por lo agradable de los sonidos y para placer del oído. Esto no es exacto. La Escritura para nada buscó el encanto o la seducción, sino la **utilidad del alma...**”. Efectivamente, a través de los cánticos buscamos no el agradecer a nuestro oído, sino nuestra edificación *Hágase TODO para edificación*, dice el apóstol en 1 Corintios 14:26. Ello no implica que debamos renunciar a lo estético en nuestros cantos. Efrén de Siria (306-373 d.C. aprox.) fue conocido como “La Lira del Espíritu Santo”, por la belleza y profundidad de sus poesías. También, los cantos compuestos por Ambrosio de Milán tuvieron tanto éxito que los herejes lo acusaron ante el gobierno alegando que por los cantos tan hermosos que se entonaban en su iglesia muchos de sus miembros se iban con Ambrosio porque allí cantaban más y mejor. Nuestros cánticos deben ser hermosos, pero por encima de todo, no debemos olvidar que debemos cantar y alabar al Señor **en nuestros corazones** (Efesios 5:19). Juan Crisóstomo (s. IV) enseñaba que: “...A Dios se le ha de cantar, más que con la voz, con el Espíritu resonando hacia adentro. Así cantamos no a los hombres sino a Dios, que puede oír nuestros corazones y penetrar en los silencios de nuestro espíritu”.

El canto es un medio que Dios aprueba para proclamar nuestra alabanza y gratitud a Él en medio de la congregación. Si queremos que nuestro corazón esté involucrado en el canto, no deben faltar la acción de gracias en la boca del que canta. En numerosos textos, alabanza y gratitud van unidas (Véase 1 Crónicas 23: 30; 2 Crónicas 5:13; Esdras 3:11; Nehemías 11: 17; 12: 24, 26 etc.) Efesios 5:19, 20 leemos: **cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.** En general, todo el culto debe ser una expresión de gratitud a Dios por todo lo que de Él hemos recibido, recibimos y recibiremos. **En el culto podría faltar la música, pero no puede faltar la acción de gracias.** Así que, **tengamos gratitud**, y mediante ella **sirvamos** (v. λατρεύω, dar culto) a Dios **agradándole con temor y reverencia** (Heb 12:28). El culto agradable a Dios es aquel que tiene a Jesucristo como centro y que abunda en acciones de gracias al Padre por medio de Él. *Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre* (Heb 13:15). El “sacrificio de alabanza” es la sincera gratitud de aquel que rinde culto a Dios.

En el culto podría faltar la música, pero no puede faltar la acción de gracias.

Sólo en la medida en que entendamos la esencia del culto cristiano podremos dar su justo lugar a la música sin sobre enfatizar su importancia ni menospreciarla tampoco. Para muchos, la música (“alabanza”) ocupa un lugar tan trascendental que terminan por forzar o incluso, en determinadas ocasiones, **manipular las emociones** con el fin de que ocurra algo en ese momento. Pero, ¿debe de ocurrir algo en especial o debemos de conformarnos sencillamente con exaltar el nombre de Dios y darle gracias? Estas expectativas subjetivas han hecho que el

“ministerio de la alabanza” haya tomado, en algunos casos, un excesivo protagonismo. En uno de sus libros, el Dr. Martyn Lloyd-Jones se lamentaba diciendo: “Peor aún ha sido el incremento en el “elemento de diversión” en el culto público: la introducción de películas y más y más canto, acortándose drásticamente la lectura de la Palabra y la oración a la vez que se dedica más tiempo a cantar. Ahora existe el “director musical” como una nueva clase de oficiante en la iglesia, y él dirige la música y se supone que crea un ambiente determinado. ¡Pero a veces le lleva tanto tiempo crear el ambiente que no queda tiempo para la predicación!”².

Si nuestro culto es verdaderamente en el espíritu, y nuestro deseo sincero es el de agradar a Dios, debemos de someter a examen todas estas cosas y recibiremos del Señor discernimiento para saber tanto el tiempo que se ha de invertir en el canto, como la conveniencia o no de incluir determinados estilos o ritmos en nuestros cánticos. No se puede dogmatizar en este punto sino que cada iglesia debe examinarse a sí misma supervisando que todo se haga como conviene en la casa de Dios evitando lo superfluo y el excesivo protagonismo.

Transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.
(Ro. 12:2)

Javier Gómez

Catedrático del Conservatorio Superior de Música de Córdoba y Profesor del CSTAD; Diplomado en Teología SEE

² LLOYD-JONES, M.: *La Predicación y Los Predicadores*, p. 18, ed. Peregrino, 2003